

## UN SIMPLE PERRO Y UNA HOJA DE PAPEL

Oíd, el paso de la noche muere  
En el vasto silencio;  
La lámpara de mi escritorio canta  
Queda como un grillo.

Dorados sobre el estante  
Brillan los lomos de los libros:  
Pilares para los puentes  
del viaje al país de las hadas.

Rainer Maria Rilke, «Larenopfer»

La luz de la luna cayó sobre la bata de Elinor, sobre su camión, sobre sus pies descalzos y sobre el perro que yacía a sus pies. El perro de Orfeo. Cómo la miraba con esos ojos de sempiterna tristeza. Como si se preguntara por qué, ¡por todos los olores excitantes del mundo!, ella estaba sentada en plena noche en su biblioteca rodeada de libros silentes y con la mirada perdida.

—Sí, ¿por qué? —preguntó Elinor al silencio—. Porque no puedo dormir, perro bobo.

A pesar de todo, le palmeó la cabeza. «¡Hasta este punto has llegado, Elinor!», pensó mientras se levantaba con esfuerzo de su sillón. «Te pasas las noches hablando con un perro. Y eso que no soportas a los perros, y a éste menos porque cada uno de sus jadeos te recuerda a su abominable amo.»

Sí, se había quedado con el perro, a pesar de que despertaba recuerdos muy dolorosos, y también con el sillón, aunque la Urraca se hubiese sentado en él. Mortola... Cuántas veces creía oír su voz al adentrarse en la silenciosa biblioteca; cuántas veces veía a Mortimer y a Resa entre las estanterías o a Meggie sentada ante la ventana, un libro sobre el regazo, el rostro oculto detrás del liso cabello rubio... Recuerdos. Eso era todo cuanto le quedaba. Tan impalpables como las imágenes que evocan los libros. Pero ¿qué le quedaría si también perdía esos recuerdos? Una soledad perpetua, un corazón silencioso y vacío... y un perro feo.

Qué envejecidos se veían sus pies a la pálida luz de la luna. «¡Luz de la luna!», pensó mientras movía los dedos de sus pies. Cuántas historias había en las que poseía poderes mágicos. Todo mentira. Su cabeza estaba repleta de mentiras impresas. Ni siquiera podía mirar a la luna sin que las letras nublaran sus ojos. ¡Ojalá pudiera borrar todas las palabras del cerebro y del corazón y contemplar el mundo al menos una sola vez con sus propios ojos!

«¡Cielos, Elinor, vuelves a tener un estado de ánimo fabuloso!», pensó mientras caminaba a tientas hacia la vitrina en la que conservaba lo que Orfeo se había dejado, además de su perro. «Te bañas en la autocompasión, igual que este perro tonto en los charcos.»

La hoja de papel situada bajo el cristal protector parecía insignificante, una hoja vulgar y corriente de papel lineado, escrita con una letra apretada y tinta azul desvaída. Sin comparación con los libros espléndidamente iluminados coloca-

dos en las otras vitrinas, aunque se notaba en cada letra lo mucho que Orfeo estaba impresionado por sí mismo. «¡Espero que los elfos de fuego le hayan borrado de los labios esa sonrisa de suficiencia!», pensó Elinor mientras abría la vitrina. ¡Confío en que la Hueste de Hierro le haya ensartado... o mejor aún: que haya muerto de hambre en el Bosque Interminable muy, muy lentamente! No era la primera vez que se imaginaba el lamentable final de Orfeo en el Mundo de Tinta. Su corazón solitario paladeaba esas imágenes más que cualquier otra cosa.

La hoja amarilleaba. Papel barato. Encima. Y en verdad a las palabras sobre él no se les notaba que habían transportado a su autor a otro mundo, justo ante los ojos de Elinor. Al lado de la hoja yacían tres fotos, una de Meggie y dos de Resa, una de la infancia y otra, tomada pocos meses antes, en la que aparecía con Mortimer. Cómo sonreían ambos. Tan felices. No transcurría una noche sin que Elinor contemplase esas fotos. Al menos mientras lo hacía las lágrimas ya no corrían por su cara, aunque persistían en su corazón. Lágrimas saladas. Lo tenía anegado hasta los bordes. Una sensación horrible.

Perdidos.

Meggie.

Resa.

Mortimer.

Habían transcurrido casi tres meses desde su desaparición. En el caso de Meggie eran incluso unos días más...

El perro se despegó y se le acercó trotando. Restregó el hocico en el bolsillo de su bata con la certidumbre de que dentro siempre había unas galletas para el can.

—Sí, sí, vale —murmuró mientras introducía en su boca uno de esos pequeños chismes apestosos—. ¿Dónde está tu amo, eh? —le colocó la hoja de papel bajo la nariz y el ceporro la olfateó como si de hecho fuese capaz de oler a Orfeo en las letras.

Elinor clavó la mirada en las palabras, mientras las pronunciaba: «*En las callejuelas de Umbrá...*». Cuántas veces durante las últimas semanas había permanecido así por la noche, rodeada de libros, que ya no significaban nada para ella desde que se había quedado sola. Los libros se negaban a hablarle, como si supieran que los habría cambiado en el acto por las tres personas a las que había perdido. Dentro de un libro.

—¡Aprenderé a hacerlo, maldita sea! —su voz sonó testaruda como la de un niño—. Aprenderé a leerlas para que también se me traguen a mí. ¡Lo conseguiré!

El perro la miraba como si creyera sus palabras, pero Elinor no las creía. No. Ella no era Lengua de Brujo. Aunque lo intentara una docena de años o más... las palabras no resonaban cuando ella las pronunciaba. No cantaban. No como ocurría en el caso de Meggie y Mortimer... o el tres veces maldito Orfeo. A pesar de haberlas amado tanto durante toda su vida.

La hoja tembló entre sus dedos cuando se echó a llorar. Ah, las lágrimas retornaban, a pesar de haberlas contenido tanto tiempo, todas las lágrimas de su corazón. De su corazón sencillamente desbordado. Elinor sollozaba tan fuerte que el perro se encogió, asustado. Qué absurdo que gotease agua de los ojos cuando lo que le dolía era el corazón. En los libros, las heroínas trágicas solían ser terriblemente hermosas. Ni una palabra sobre ojos hinchados o una nariz enrojecida. «A mí siempre se me pone la nariz roja de llorar», pensó Elinor. «Seguramente por eso no aparezco en ningún libro.»

—¿Elinor?

Se volvió bruscamente, enjugándose a toda prisa las lágrimas del rostro. Darius estaba en la puerta, con la bata demasiado grande que ella le había regalado por su último cumpleaños.

—¿Qué pasa? —le espetó con aspereza. ¿Dónde demonios estaría el dichoso pañuelo? Sorbiendo, se lo sacó de la manga y se sonó la nariz—. Tres meses, llevan tres meses ausentes,

Darius. ¿No es motivo suficiente para llorar? Sí. No me mires tan compasivo con esos ojos de búho. Da igual cuántos libros compremos —señaló con ademán ampuloso las estanterías repletas de libros—, da igual cuántos adquiramos en subastas, cambiemos, robemos... ni uno sólo de ellos me cuenta lo que anhelo saber. Miles de páginas, y ninguna dice una palabra de aquellos de quienes me gustaría oír algo. ¿Qué me importan todos los demás? ¡Sólo quiero escuchar su historia! ¿Cómo estará Meggie? ¿Y Resa? ¿Y Mortimer? ¿Serán felices, Darius? ¿Vivirán todavía? ¿Volveré a verlos algún día?

Darius deslizó su mirada por los libros, como si pudiera encontrar la respuesta en alguno de ellos. Pero después enmudeció, igual que las páginas impresas.

—Te prepararé un vaso de leche con miel —dijo al fin, y desapareció dentro de la cocina.

Y Elinor volvió a quedarse sola con los libros, la luz de la luna y el horrendo perro de Orfeo.

